

La lógica y el lenguaje en la educación. (Trad. Marcelo Pérez Rivas), Ed. “El Ateneo”, Buenos Aires, 1969, 243 pp.

KNELLER F. GEORGE.

Generalmente se supone que se pueden derivar formas efectivas de enseñanza de las teorías filosóficas y de las psicológicas. Durante décadas los partidarios de las teorías filosóficas subrayaron la importancia de conocer el “modelo de hombre” que se desea formar para organizar la educación con objeto de lograrlo. A partir del fin educativo (el modelo de hombre), se consideran los medios e instrumentos didácticos. La concepción filosófica permite determinar con claridad 106 fines educativos. Cada fin conduce a variaciones en los procedimientos; es decir, a disponer de diferentes métodos para lograr los fines señalados. Para destacar la importancia de fundamentar el fenómeno educativo en las teorías filosóficas, los seguidores de esta corriente señalan la necesidad de los procedimientos lógicos para organizar los planes de estudio, la importancia de la lógica en el lenguaje con que se educa, la utilidad de la lógica en la investigación educativa y en la formulación del pensamiento pedagógico.

Una corriente procedente de una perspectiva diferente, la psicología, abordó el problema educativo bajo la premisa de que si sabemos cómo opera el aprendizaje se sabrá cómo enseñar. Actualmente se reconoce que ésta es una verdad parcial, pues si bien es cierto que conocer como ocurre el aprendizaje ayuda a conducir el proceso de enseñanza-aprendizaje, esto no es suficiente. Se creó una oposición entre los teóricos de la filosofía y los de la psicología, que obligó a los investigadores de ambas disciplinas a examinar los argumentos de sus opositores y a reexaminar los suyos. Podemos decir que los argumentos de unos y otros se pueden expresar de la siguiente manera:

Teóricos de la filosofía: “Si sabemos cómo se piensa sabremos enseñar a pensar.”

Teóricos de la psicología: “Si sabemos cómo se aprende sabremos enseñar.”

Kneller toma en su libro una posición pluridisciplinaria e intenta sistematizar las aportaciones de ambas perspectivas al fenómeno educativo. En los primeros tres capítulos (la naturaleza de la lógica, los modos de la lógica y la lógica y la investigación), el autor presenta sumariamente lo que cualquier lector puede encontrar en los textos elementales de lógica. No hay ninguna contribución original pues ni siquiera se realizan extrapolaciones de tales conocimientos al campo educativo. Es a partir del cuarto capítulo (lógica, psicología y educación), donde el autor—después de presentar un resumen de la historia reciente de las investigaciones lógicas y psicológicas aplicadas a la educación—realiza una síntesis adecuada de las aportaciones de investigadores como Philip H. Phenix, Harry S. Broudy, B. Othanel Smith, etc. Destaca la organización lógica de la materia de estudio por la articulación inherente de las disciplinas teóricas, los esquemas de los episodios didácticos, el papel de la jerarquización de conductas en las taxonomías de los propósitos educativos, la función de los conceptos como organizadores del conocimiento, las diferencias entre contenido y procesos, el carácter acumulativo del conocimiento, la correspondencia entre las estructuras de las disciplinas y las estructuras mentales de los estudiantes, el significado en la práctica educativa, los problemas de comunicación del mensaje educativo y las formas de efectuar “evaluaciones lógicas” que permitan distinguir entre el “conocer” y el mero “creer” por parte del alumno.

En los últimos cuatro capítulos (análisis formal, el análisis formal y la educación, análisis informal, y el análisis informal y la investigación), el autor retoma los cabos sueltos que dejó en los tres primeros capítulos. Hasta aquí se pueden apreciar las aplicaciones, que tanta falta nos hicieron durante la lectura, al campo educativo que permite el amplio conocimiento de la lógica matemática. La formalización de los elementos y de las relaciones entre los elementos que integran el fenómeno educativo aporta indudables ventajas para el profesor que desee conocer la estructura intrínseca de la disciplina que enseña, para el investigador que desee realizar investigaciones cuyas constantes y variables puedan combinarse en fórmulas bien escritas de la lógica y para el profesor que desee conocer los esquemas de los episodios didácticos que le induzcan a mejorar su manejo del lenguaje en la comunicación del mensaje educativo.

Aunque se trata de un libro interesante, hay que señalar que, a pesar de tratarse de un texto que se ocupa de la organización, articulación, sistematización, etc., del mensaje educativo, paradójicamente está desorganizado. El autor no predica con el ejemplo, lo que hace que buena parte de sus intenciones se pierdan para el lector no familiarizado con el tema. Sin embargo, es un texto que debe leer cualquier persona interesada en el enfoque sistemático del fenómeno educativo, pues además de informar sobre las contribuciones de investigadores norteamericanos, resume de manera práctica los puntos de contacto existentes entre las aportaciones de los investigadores seguidores de las corrientes filosóficas y psicológicas.

JOSE HUERTA IBARRA.